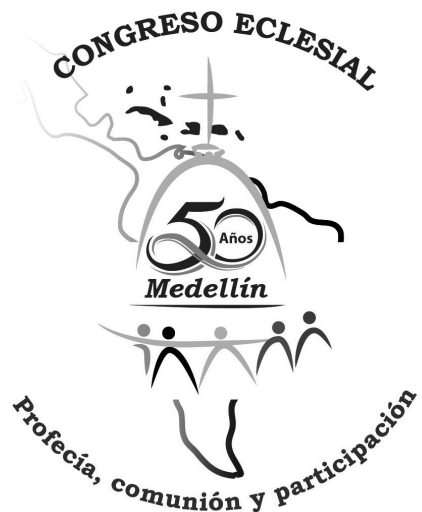


La evangelización en América Latina

Excmo. Mons.

SAMUEL RUIZ G.

*Obispo de San Cristóbal de las Casas
Chiapas - México.*



Medellín - Colombia,
23 al 26 de agosto de 2018



Introducción

Una disculpa para no ser original

Habiendo sabido hasta última hora con certeza mi participación a esta reunión del CELAM, se agregó a mi incompetencia una razón más para sentir menos vergüenza de confesar públicamente que este trabajo sobre Evangelización en América Latina no tiene nada de original. He de agradecer muy especialmente a Mons. Luis E. Henríquez, el haber puesto a mi disposición todo el material que sobre la parte de Evangelización él tenía ya preparado. Se me dispensará, asimismo, el que haya hecho un amplio uso del Documento sobre Pastoral de Misiones en América Latina, del encuentro de Melgar, y de la obra reciente, “Para una Pastoral Latinoamericana”, del P. Segundo Galilea (Ediciones Paulinas, 7 de mayo de 1968, México).

Un juicio excesivo: No hay Iglesia implantada en América Latina

En una reunión internacional, un conocedor de América Latina terminó afirmando: “debemos acabar con el mito de que América Latina es un continente católico”. Si la Iglesia es “una comunidad de fe, esperanza y caridad” ese concepto no se realiza en América Latina. Así lo atestiguarán: las injusticias sociales, los sincretismos religiosos, el ateísmo y la incredulidad manifiestas, el tradicionalismo no ilustrado en la recepción y administración más mecánica que pastoral de los sacramentos, el individualismo en la religiosidad, el laicismo de las instituciones, la penuria vocacional, la insuficiencia de su clero para la atención pastoral, etc. Todas estas cosas son más bien síntomas de una Iglesia en fase de implantación, que señales de una Iglesia joven y vigorosa.

PRIMERA PARTE

EVANGELIZAR ES LA PRINCIPAL TAREA DE LA IGLESIA EN AMÉRICA LATINA

Sin llevar quizá las cosas a un tal extremo, cabe afirmar que la primordial tarea de la Iglesia en América Latina, es, sin embargo, la de evangelizar. A esta conclusión nos llevan dos razones :

1. Porque la Iglesia es esencial y permanente misionera, según la doctrina del Concilio Vaticano II;
2. Porque es una especial necesidad que se desprende del análisis de la realidad cambiante de América Latina.

A. La Iglesia esencialmente misionera (Vaticano II)

1. “ ... todos los hombres, *han sido llamados a la comunión con Dios*. Esta iniciativa divina de salvación ... precede a todo cuanto existe (Ef 1; AG, 2) y le da por tanto, su sentido. El centro de este designio universal es Cristo”, por quien “*fueron creadas todas las cosas y en quien tienen su consistencia*” (Col 1,16). El “*es el hombre perfecto llevado por el Padre a la plenitud en virtud de su Resurrección*” (GS, 22) que hace de El el Señor de la historia y del cosmos (Hch 2,36).

“La energía salvadora de la muerte y resurrección de Cristo, presente en la humanidad, hace de su devenir una historia de salvación (AG, 9) en la que se insertan, en forma diversa, los diferentes grupos religiosos de la humanidad, entre los que se hallan también de algún modo los de nuestro continente”.

2. “En esta vocación universal y actuante en el mundo se sitúa el misterio de la Iglesia y en consecuencia su misión salvífica”, pues si Cristo actúa “por medio de su Espíritu ... que penetra todo el universo y lo



impulsa por diferentes caminos hacia su plenitud” (GS, 38,39), esto lo hace “en forma particular en la comunidad visible de los creyentes, que es por eso, en el Señor —luz de las gentes— sacramento, es decir, signo e instrumento de la salvación humana y del universo todo” (LG, 1,48).

- a) Y así, aunque todo el universo está penetrado de la presencia activa del Señor y de su Espíritu “solo *la comunidad cristiana...es plenamente consciente* de ella: por la *fe* reconoce que el Señor realiza su obra de salvación y acepta como responsabilidad propia la tarea de revelar la presencia del Señor en la historia (GS, 40); por la *caridad* se solidariza y compromete con la marcha de la historia humana, testimoniando así el amor de Dios; por la esperanza está cierta de que los frutos excelentes de la naturaleza y del esfuerzo humano volveremos a encontrarlos limpios de toda mancha, plenamente iluminados y transfigurados en la realización acabada del Reino de Dios” (GS, 39).
- b) “Situada en la perspectiva del designio salvífico *la Iglesia peregrina es necesaria y dinámicamente misionera* por naturaleza (AG, 2). Ella, en efecto, prolonga la misión del Hijo y del Espíritu Santo (AG, 3,4) que tiene su fuente en la iniciativa del Padre de recapitular todo en Cristo (AG, 2). Así, la acción misionera no solo es marginal, sino que constituye el deber fundamental de la Iglesia (AG, 35), pueblo mesiánico, que entra en la historia humana (LG, 9), con la obligación de extenderse a todas las naciones en virtud tanto del mandato expreso del Señor que envió a los Apóstoles como El había sido enviado (AG, 5), como de la vida que el mismo Señor le infunde en orden al crecimiento (AG, 9) de su Cuerpo, hasta su estatura plena” (Ef 4,16.12).

- c) “Esta responsabilidad misionera incumbe a toda la Iglesia y a todos sus miembros en razón del bautismo, de la confirmación y de la Eucaristía (AG, 36). En consecuencia, se da una verdadera igualdad entre todos en lo referente a la acción común para edificar el Cuerpo de Cristo (LG, 32). El Colegio Episcopal, sin embargo, como sucesor del Colegio Apostólico, tiene la responsabilidad particular de mostrarse solícito por todas las Iglesias (CD, 5) y de evangelizar a todas las gentes, de suerte que la Iglesia se implante (AG, 6) entre ellas como sacramento de salvación” (Doc. de Melgar Nos. 7-12 passim).

B Evangelizar: Necesidad en la cambiante América Latina

1. América Latina fue evangelizada en forma incompleta

Nadie puede negar que el Siglo XVI tuvo una fuerza evangelizadora que dejó una honda huella en nuestro continente. Nuestro modo de ser religioso tiene sus raíces en el estilo de predicación, en el tipo —de catequesis, en el contenido del mensaje entonces presentado.

A pesar de todos los defectos de que pueda ser inculpada la Evangelización primera de nuestro continente, poseía un *Kerigma* que llevaba a la conversión y conducía a la adhesión a Cristo. Se predicó, en efecto, que los ídolos eran malos, que Cristo —Señor de cielos y tierra— padeció y murió en la Cruz para salvarnos, que la Sagrada Escritura es Palabra de Dios y que nos da vida, que, Cristo —Dios y Hombre en cuyo nombre somos salvos— quiere incorporarnos a su reino que no tendrá fin.

Más aún, la evangelización que por ser condicionamiento histórico optó por romper con todo lo pagano, tuvo ejemplos no aislados de preocupación por la cultura y religión indígenas.



Forzoso es, sin embargo, reconocer que estos esfuerzos no fueron desafortunadamente generales y que si se utilizó la madeja de lenguas indígenas para la transmisión del mensaje, fue mas frecuente el empleo de traductores indígenas a quienes se imponía conceptos religiosos nuevos sin una confrontación con sus propios conceptos religiosos. Podemos además considerar terminada la fase de evangelización a comienzos del siglo XVII. Y así, la segunda y tercera generación de misioneros, encontrando a indios ya bautizados, se dedican a una instrucción memorística y moralista. Si a todo esto se agrega que el bautizado en sus principios no escapó al interés por una incorporación a una sociedad civil con miras más bien a las ventajas sociales y económicas para indios y mestizos; que no hubo un suficiente catecumenado; que la Catequesis era más bien una instrucción que ofrecía puntos doctrinales aislados y memorizados, etc.; a nadie juzgará exagerado afirmar que en América Latina —en general— la Evangelización fue incompleta.

2. *La catequesis actual descuida la evangelización*

“La evangelización es el ministerio que despliega la Palabra de Dios de un modo dinámico como palabra poderosa que salva; suscita la fe y la adhesión personal de un modo nuclear y global. El hombre evangelizado se convierte primero en un creyente que rompe interiormente su relación absoluta con un mundo humano y se religa personal y totalmente con Dios. La Evangelización anuncia el Evangelio de Jesucristo como Kerigma, es decir, como buena nueva salvadora, con miras a fundar la comunidad cristiana mediante la conversión que conduce al bautismo. Va dirigida a los bautizados no practicantes que han dejado de creer, a los practicantes adultos no iniciados, y a los niños y adolescentes bautizados que deben ratificar su fe adulta”.

“Para que los hombres puedan llegar a la Liturgia es necesario que antes sean llamados a la fe y a la conversión... A los no creyentes, la Iglesia proclama el mensaje de salvación para que todos los hombres conozcan el único Dios verdadero y su enviado Jesucristo, y se conviertan de sus caminos haciendo penitencia” (SC, 9). La Liturgia no es para convertir, sino para convertidos. Hay pues, una etapa previa a la Pastoral Litúrgica, que es la Evangelización (“Teología de la Acción Pastoral”. Floristán, B. A. C., 1968, pág. 319).

□

Pero nuestra pastoral de la Palabra en América Latina, supone el hecho de que estamos en un continente donde el número de bautizados es la mayoría. Esto supuesto, juzgamos normalmente que una suficiente instrucción catequística hará crecer automáticamente los bautizados hasta la adultez de la fe; sin advertir que el cuerpo crece y se desarrolla automáticamente siguiendo las leyes biológicas, pero que la persona se hace a golpes de decisión libre. Y así, ningún adulto es cristiano, sin saberlo y quererlo, por lo cual cuando los niños crecen y se hacen capaces de forjar su propio destino, se impone la necesidad de que ellos ratifiquen las promesas que sus padrinos hicieron en su nombre a la hora de su bautismo, emitiendo una decisión personal insustituible. Nadie exige al bautizado de convertirse.

Los pasos cronológicos que deberán darse en el ministerio profético, si se tratara de implantar la Iglesia donde Cristo fuera desconocido; serían:

I - Un testimonio de vida, que, abriendo el camino a la futura predicación es como su signo de autenticidad y, en algunas circunstancias, el único posible: “Es menester que la Iglesia esté presente” dando este testimonio de fe y caridad según el Evangelio no solamente a través de los predicadores enviados, sino mediante toda la comunidad cristiana, pues “todos los cristianos, donde quiera que vivan, están obligados a manifestar con el ejemplo de su vida el testimonio de la palabra” (AG, 11).

II - La Evangelización o predicación del kerigma que tiene el mismo objeto que en la predicación apostólica de Pedro y Pablo, cuando se dirigían por primera vez a los judíos o a los gentiles: presentarles a Cristo que nos salva por su muerte y su resurrección (Hch 2,23-24; 3,14-15) y conducirlos a su conversión y aceptación de Cristo.

III - La catequesis de iniciación o catecumenado, para preparar a la recepción digna y fructuosa de los sacramentos, particularmente del bautismo y de la confirmación.

IV - La catequesis de desarrollo de la fe que tiende a robustecer en los convertidos el acto personal de fe mediante



la explicitación y profundización del misterio de Cristo, por la penetración de los signos cristianos.

V - La Homilía que se destina a los reunidos en asamblea a nivel de la palabra o nivel sacramental y que tiene como objeto llevar a una madurez de la fe o de la caridad, para que la comunidad cristiana se levante en medio de las naciones como un testimonio para los no creyentes.

Ahora bien; sigue siendo verdad que —a excepción de los lugares jurídicamente misionales y de los que tienen una realidad aguda de Iglesia no totalmente implantada— en América Latina no se evangeliza, sino se catequiza —y aun esto mediante una catequesis que dista mucho de ser ideal—. Y “una catequesis sin kerigma, corre el riesgo de no ser sino una mera enseñanza religiosa que no penetra de verdad en el corazón del creyente” (Floristán *Ibid.* pág. 320).

Por eso un gran número de bautizados no logra llegar a tener una fe consciente y madura y, aunque se acerquen a tener una fe consciente y madura y, aunque se acerquen a los sacramentos, es muy discutible si los consideran como signos de fe o como meros ritos. Con esa catequesis infantil muchos católicos (y me atrevo, quizá no sin escándalo de esta asamblea, a incluir en esta palabra también a religiosos y sacerdotes) hay sin una verdadera conversión al Evangelio, sin un encuentro personal con Jesús Salvador y un compromiso con El. Y así, la débil fe que se posee, es incapaz de iluminar nuevas situaciones y problemas del hombre adulto, llegándose a vivir una vida esquizofrénica donde lo religioso y la vida se encuentran en dos esferas muy separadas y muy frecuentemente en colisión mutua. (Sería necesario aducir aquí las reacciones a la Encíclica *Humanae Vitae*?).

3. *Repercusiones en la dicotomía latinoamericana*

a) Aquí convendría reflexionar sobre un fenómeno en específico de América Latina: la existencia de dos tipos de cristianismo: *El cristianismo oficial*, el de élite, el de los movimientos laicos y del Vaticano Segundo, por una parte, y por la otra un *cristianismo “analfabeto” y popular*, un cristianismo subcultura que llega

actualmente a un 80% del continente. Se puede decir que son dos mundos religiosos: uno occidental y uno subdesarrollado.

Esta dicotomía religiosa se encuentra en una más amplia que abarca los aspectos geográficos, económicos, social, cultural. En lo geográfico: diferente desarrollo de las Costas y del Interior; en lo económico: una minoría poseedora junto a una mayoría paupérrima; en lo social y racial: la yuxtaposición de élite y pueblo, indio o mestizo y blanco; en lo cultural: una minoría con acceso a la cultura y a todos los niveles de instrucción y una mayoría marginada altamente analfabeta.

La falta de evangelización que acabamos de considerar engendra en este mundo dicotómico —por el proceso una creciente secularización que desemboca en una desmitización de una parte una “religión sustituto” que se convierte en un ateísmo cada vez más característico del latinoamericano dirigente, y de la otra un cristianismo de masas de tipo ritualista que va unido al concepto de religión natural. En este tipo de cristianismo hay una presencia de Dios providencialista, un Dios que actúa identificado con las fuerzas naturales; o bien; hay un contacto con Dios a través exclusivamente de los ritos que descansan en cosas y no en actitudes y que por lo mismo no guardan relación con ninguna actitud interior previa o posterior al rito.

b) *Surge pues un interrogante* para la evangelización: Debemos dedicarnos a evangelizar activamente ese cristianismo analfabeto sincretista, amante de ritos y procesiones? o hay que preferir la evangelización del cada vez más creciente número de incrédulos, tratando de ver cómo presentar la Palabra de Dios, y la palabra de Cristo en fórmulas secularizadas para un tipo de hombre secularizado? Necesitamos al mismo tiempo dos tipos de evangelizadores? Si la religiosidad popular es transitoria estará desprovista de todo valor y habrá que dejarla perecer sin compasión y lágrimas?

4. *Situaciones de cambio*

Ocurre preguntar, ¿qué está pasando en América Latina? ¿Necesitamos un trasplante de corazón para un continente que



necesita la caridad evangélica? ¿O debemos prepararnos para cristianizar una nueva cultura cuyo alumbramiento cercano se manifiesta en las crisis, en las tensiones, en el dolor de la violencia porque atraviesa nuestro continente?

La Iglesia debe estar con la vista hacia el futuro —en su condición de peregrina hacia la tierra prometida—, pero sin dejar de contemplar su pasado para renovarse, leyendo los “signos de los tiempos” que jalonan su camino histórico a través de los siglos.

Las conclusiones de la Consulta Metodista sobre evangelización redactadas en Cochabamba en julio del año pasado definían al contexto latinoamericano como un “despertar social de las masas...; crisis de las estructuras sociales, económicas y políticas; rápidos cambios sociales que ya se están produciendo” Coinciden, por lo mismo en observar que se trata de cambios globales y estructurales profundos.

Estos cambios acarrearán consecuencias en la relación social de personas, familias y estructuras, y al tomarlos en consideración se hace porque afectan inclusive el comportamiento religioso del hombre latinoamericano y plantean una problemática nueva a la evangelización.

Siguiendo el esquema de las conclusiones de la Consulta Metodista, podemos agrupar los complejos fenómenos de cambio que nos interesan, en los tres siguientes :

I - El surgimiento de una sociedad predominantemente urbano-industrial: este fenómeno produce un cambio más radical en los que emigran de la vida de la Provincia a las grandes ciudades. A nivel regional se produce un desequilibrio entre desarrollo de campo y desarrollo urbano, una modificación de las estructuras sociales y económicas; a nivel urbano, el crecimiento anárquico de ciertas zonas, los desplazamientos a largas distancias para el trabajo y aun para los contactos sociales producen el anonimato, la despersonalización, la estandarización del individuo, la reorganización de su vida bajo nuevos valores y nuevo ambiente. Todo lo cual produce choque y conflictos desintegradores en los habitantes emigrados a las ciudades.

- a. *Se sigue de esto un pluralismo* en donde ya no reina la unanimidad. Se diversifican las formas de pensar, los criterios morales no son únicamente los cristianos, las ideologías políticas —que a veces en América Latina rempazan a la religión— ejercen una influencia absorbente. En todo caso, el cristianismo es una de las varias maneras de pensar y vivir. Por ello, los cristianos de motivación únicamente cultural, de presión social o de “costumbre”, están en crisis. No pueden resistir todas estas múltiples influencias, caen en el ateísmo práctico. Si ahora hay hombres de fe, de religiosidad y ateos; mañana habrá sobre todo hombres de fe enraizada en una religiosidad y ateos.
- b) *Surge una cultura de masas*, en la que están emergiendo nuevas relaciones sociales, un nuevo tipo de personalidad nuevas pautas de valorización, etc. Un problema particular que caracteriza a esta cultura es planteado por los medios de comunicación a las masas, los cuales influyen poderosamente en la formación de la mente popular.
- c) Se produce una *crisis de la religiosidad* (desacralización). El hombre de esta sociedad que se industrializa, se urbaniza y se tecnifica, es un hombre que confía cada vez en sí mismo, en la organización, en la técnica. La religión no aparece necesaria ya como una ayuda. La religión le parece que no tiene por qué influir en las leyes sociales, en las fiestas profanas, en la arquitectura... La sociedad se “desacraliza”, es decir, se independiza de expresiones religiosas. Desacralización que arrastra consigo (exceptuando las áreas no tecnificadas ni urbanizadas) el descenso de la religiosidad, de las prácticas rituales-cristianas, y aún la extinción de la fe.
- d) El desarrollo, es decir, las condiciones temporales que liberan y hacen crecer la persona humana, puede materializar y masificar, como liberar y concientizar. Lograr que el desarrollo no solo traiga bienestar y cultura sino que humanice, libere y perfeccione; es tarea en la que



deben sentirse comprometidos los cristianos, pues esto preparará una mejor comprensión del Evangelio que es esencialmente liberador y humanizador. Es un desafío muy fuerte para los cristianos que necesitan presentar una religión que libere y perfeccione, y no una religiosidad alienante u oscurantista que desaparece cuando el desarrollo aparece. El cristianismo auténtico, de fe que compromete, que lleva a la libertad saldrá purificado con el desarrollo y le dará a éste un profundo sentido.

- e) *El imperialismo de los ambientes no territoriales* es una de las más importantes consecuencias de estos cambios que debe ser atentamente considerada en la evangelización hoy día. El “ambiente”, —ese conjunto de valores, de ideas, de modelos que influyen en las mentalidades en dimensiones bien precisas : trabajo, vida profesional, diversiones, medios de información, medios intelectuales y culturales... es el que en la actualidad modela inconscientemente las mentalidades, imponiéndoles criterios y modelos de mentalidades, imponiéndoles criterios y modelos de acción en forma más o menos ciega, según la madurez de las personas. En la sociedad anterior, la persona recibía casi únicamente la influencia de su ambiente territorial: su pueblo, que era a la par el lugar de su trabajo, donde estaba su familia, su parroquia y sus diversiones; de suerte que influir en ese territorio era abarcar toda la persona. Hoy día la vivienda en la urbe es un lugar secundario y es más fuerte el influjo de la opinión pública, del ambiente de oficina, del club, de los medios de comunicación; que el influjo de la familia o de la parroquia. Por tanto la evangelización debe ser dirigida hoy día no solo a personas, sino a la conquista del ambiente. Y ¿cómo se conquista un ambiente?

II - Entrada de América Latina a una historia de dimensión mundial. Todo este proceso está ocurriendo cuando América Latina hace su entrada con su historia particular dentro de un contexto internacional, insertándose más y más en las tensiones de la historia universal. América Latina es —puntualiza nuestro Documento de trabajo— “como un signo de esperanza”, pues a pesar

de “sus limitaciones, el continente latinoamericano constituye una fuente de riqueza cultural y una potencialidad en recursos” y en los destinos de la providencia “como signo de unidad levantado en medio de las naciones”.

Los graves problemas por los que atraviesa la Iglesia en América Latina, han hecho surgir iniciativas y han obligado al mundo a observarnos más de cerca. Y así constatan que nuestra problemática, aparte de salirse de los esquemas europeos se encuentra en un contexto de riqueza cultural y con un surgir de iniciativas pastorales que no solamente despiertan la admiración de los pastoralistas, sino que son consideradas como guías para la pastoral de aquel mundo futuro que ahora se está construyendo. Vale esto decir, para el tema que nos ocupa, que las pautas que la Iglesia de América Latina busque y realice para desarrollar eficazmente su tarea evangelizadora en el continente, serán guía para la tarea evangelizadora para toda la Iglesia.

III - Clima Ecuménico. Si un pulular de ideologías —seudo-cristianas— penetra nuestro continente y encuentra un caldo de cultivo particularmente propicio en el contexto de crisis en que se debaten nuestros pueblos, existe por otra parte un nuevo clima de mutuo respeto, reconocimiento y diálogo que va surgiendo entre católicos y protestantes, resultante del nuevo espíritu ecuménico en auge.

Se abre, pues, una nueva fase en la evangelización de América Latina, máxime si se considera que el kerigma católico no es esencialmente distinto del kerigma protestante, al grado que se pueda decir que un verdadero protestante que pasa al catolicismo, no atraviesa por una verdadera *metanoia*, sino más bien por una maduración en la fe por medio de la catequesis.

Nadie deja de ver las favorables consecuencias que un trabajo común de evangelización en nuestro continente traería en beneficio de la unidad. Cómo no hacer mención especial y elogio del oportuno movimiento de la comunidad de Taizé al poner a disposición de los católicos el Nuevo Testamento ecuménico con el fin de colaborar a la evangelización de nuestro continente?



5. Nuevas situaciones misioneras

El surgir de nuevas situaciones en América Latina, está planteando la urgencia de un tipo de pastoral adecuado a cada situación y obliga también a considerar el método y el enfoque que debe tener la evangelización.

“La diversidad de circunstancias crea... diferentes situaciones misioneras y da origen a distintos modos de acción. Estas circunstancias dependen fundamentalmente del grado de implantación y vitalidad de la Iglesia y de la mayor o menor inserción del Evangelio en la vida y cultura de los pueblos (AG, 6).

Se pueden presentar las siguientes situaciones misioneras:

- 1a. área: donde no hay indicadores de vida cristiana, pues *la Iglesia no está presente*, ni realmente implantada (religiones no cristianas, sincretismos, descristianización... Comunidades indígenas, no integradas, grupos negros sincretistas como el Vudú, Candomblé o Umbanda, masas urbanas marginales proletarizadas, grupos intelectuales minoritarios guiados por ideologías no cristianas, pero cada día con mayor influencia y significación).
- 2a. área : donde hay iniciación cristiana y una cierta práctica religiosa; pero con una penetración débil del Evangelio, en suma, un cristianismo ambiguo y de *iglesias débilmente implantadas*. (Pertenecen a esta área muchas comunidades indígenas, zonas rurales o mineras del continente, algunas poblaciones mestizas).
- 3a. área: hay, por último, comunidades eclesiales con algunos apóstoles propios y núcleos cristianos fervientes y operantes; pero con *minoría cristiana y precariedad de estructuras* pastorales que nos obligan a considerarlas como comunidades en situación misionera.

Las situaciones misioneras así esbozadas, exigen, como una respuesta adecuada de la Iglesia, una política pastoral excepcional, en cuanto a la formulación cultural del mensaje, adaptación de la liturgia, revisión de los criterios de pedagogía pastoral, reforma de

la estructuración eclesial (papel de los ministerios, función de la parroquia, etc.). En cuanto a la reflexión sobre el concepto de “misión” que en varios casos ya no es territorial, sino de ambientes humanos, es decir “misión” sociológica.

6. *Especial situación de los indígenas*

Debe hacerse una especial consideración sobre la situación de los indígenas en el continente latinoamericano. Los 30 millones que hay de ellos en América Latina, si bien constituyen una cifra globalmente considerable, siguen siendo hasta la fecha conglomerados humanos *marginados* —en lo social, en lo económico, en lo político, en lo cultural y, en lo que es más grave— *marginados en lo pastoral*, con excepción de los pocos que son atendidos con una acción auténticamente misionera, pues en los restantes casos la atención religiosa se concentra en los núcleos blancos y mestizos de las cabeceras parroquiales.

Síntomas del problema. No siempre se reconoce el derecho que tiene el indígena a recibir el mensaje dentro de su propia lengua, ni mucho menos en su propia mentalidad y concepciones peculiares (pues una cosa es la comunicación oral: lengua, y otra la comunicación mental y cultural).

El mensaje evangélico se transmite generalmente en traducciones de textos precenciliares; faltan planeaciones a nivel diocesano y nacional que sean fruto de un profundo conocimiento de las culturas indígenas y no de una improvisación a “Latinoamérica”; no existe una responsabilidad solidaria colectiva y efectiva que se aboque en cada nación la solución del problema de la integración total del indígena; se ignora por lo general, en qué debería consistir tal integración y se la considera muy comúnmente como un asesinato de sus culturas.

Se cree que la mera multiplicación numérica de personal, de instituciones educativas satisfará y resolverá el problema; o bien se cae en el extremo de orientarse hacia una actividad de asistencia benéfica y caritativa, sin un planteamiento de la situación de marginación y subdesarrollo, y sin una metodología de promoción que parta de ellos y de sus propios valores y culturas.



El criterio práctico que parece primar en las Conferencias Episcopales es el siguiente: el problema indígena, no es el más urgente, y por lo mismo, no es el más importante. Cabría decir con toda energía, que es preciso saber distinguir en nuestra pastoral entre lo que es urgente y lo que es trascendente —aunque sea menos urgente—. Sin esta postura, seguirán acumulándose los siglos sobre este vergonzoso problema que bien pudiera llamarse el fracaso metodológico de la acción evangelizadora de la Iglesia en América Latina.

SEGUNDA PARTE

TAREAS QUE SE PLANTEAN A LA EVANGELIZACIÓN EN LA AMÉRICA LATINA

De lo dicho se desprende que todos estos cambios que se operan vertiginosamente en la América Latina nos conducen obligadamente a una revisión de nuestra mentalidad, de nuestros criterios pastorales, de nuestras actitudes y aún de nuestras estructuras eclesiales.

El gran peligro para la Iglesia Latinoamericana no es el laicismo o el comunismo sino “el permanecer atada a formas de vida o de acción (política educacional, concepción de parroquia, ubicación del laico en lo temporal y en lo apostólico, la Iglesia como “misión” o conversación, etc.), formas todas ellas que, aunque creadas por la Iglesia en la hora actual deberán ser transformadas por la misma Iglesia para que puedan continuar siendo signo de luz entre los pueblos y fermento evangelizador en medio de las masas (“Para una Pastoral Latinoamericana”. Segundo Galilea. Ediciones Paulinas, 1968, pág. 11 y ss.).

A - La Evangelización considerada en sí misma

1. América Latina en estado de misión

Como una consecuencia casi inevitable de todo lo dicho sobre los cambios descristianizantes, evangelización incompleta antes

e inexistente hoy, nuevos ambientes misionales y sus grandes ámbitos; se desprende la urgencia de que sea declarada América Latina en estado de misión y se programe y se actúe en ella un profundo trabajo de evangelización. La actividad misionera de la Iglesia no está limitada a los llamados jurídicamente “países de misión”. La actividad misionera de la Iglesia parte de la naturaleza profunda de su ser fundamentada en los designios del Padre, en la obra redentora del Hijo y en la acción iluminadora del Espíritu Santo; pero esa acción misionera suya debe tomar modalidades especiales según sea el grado de su implantamiento, vale decir de adhesión, a Cristo. Necesitamos una Iglesia centrífuga, abierta al mundo en actitud de diálogo.

2. Nueva orientación de nuestra misión profética

Se impone, como algo fundamental en la misión profética de la Iglesia, que distingamos, muy particularmente en América Latina, entre el ministerio de la evangelización y el de la catequesis. La fe, en efecto, tiene dos aspectos: *uno afectivo*, de conversión, de adhesión sumisa a Dios y a —su plan de salvación, de cambio de corazón, de modo de pensar y obrar; *otro de conocimiento*, de iluminación del espíritu. Función de la evangelización o kerigma es proclamar lo esencial del mensaje, los hechos cumbres de la historia de la salvación y cuyo fin es convertir; *función de la catequesis* es revelar el significado de esos hechos, profundizar en ellos. En la catequesis la fe en Cristo es el punto de partida; en el kerigma, la fe es el punto de llegada. Estas dos vertientes del ministerio de la palabra, necesariamente presentes en la fe viva, siendo distintos coexisten. Si la fe salva es gracias a su aspecto de conversión. La fe no puede ser una posesión estática, pues por su dinamismo personal tiene que estar constantemente refiriéndose a la acción salvífica de Dios. Pero al propio tiempo la conversión es una etapa que no se acaba nunca para el cristiano. El kerigma no es —nos dice una comparación querida a los franceses— como un pórtico que da acceso a la nave de la catequesis; sino más bien es la cripta que soporta la nave y que debe ser afianzada continuamente.

a) Si en la Iglesia primitiva se bautizaba a los convertidos, nuestra tarea hoy es en cambio la de convertir a los bautizados. Por mucho tiempo hemos dado la impresión de haber olvidado que

el bautismo, en el caso de un infante, da el hábito de la fe (o sea, en lenguaje simplista, la capacidad y la moción de hacer el acto de fe); pero no da el mismo acto de fe que es algo que con la ayuda de la gracia tiene que hacer el propio sujeto. La fe del convertido no se reduce a una adhesión a las verdades dogmáticas reveladas y propuestas por la Iglesia, a una especie de firma al pie del credo: es un cambio de vida, un cambio de mentalidad, un acontecimiento que abarca la totalidad de su ser, un encuentro personal con Cristo. Pero la fe del convertido —“encuentro de personas”— no es distinta de otra fe que podría describirse como “tener por verdadero”; es la misma fe que de su inicio de conversión es llevada por Dios mismo, en un estadio posterior, a la profundización de los diversos aspectos de su misterio, a la vida en la fe. Por ello mismo se comprende que el tratamiento pastoral del ministerio profético deba ser igual para los adultos que se convierten y para los niños bautizados cuando lleguen a la madurez psicológica.

b) Es forzoso no suponer, sino constatar una conversión después de la predicación del *kerigma*, como una condición indispensable para dar paso hacia la catequesis. Es imposible catequizar antes de convertir, lo mismo que es imposible crecer antes de haber nacido.

Las etapas que normalmente distinguen el paso de un adulto a la fe son: la *pre-evangelización*, que toma al hombre tal cual es y donde se encuentra para despertar en él el sentido de Dios; la *evangelización* o *kerigma*, proclamación dinámica de la sustancia del mensaje cristiano y la *catequesis* propiamente dicha que, apoyándose en la conversión lograda por las etapas anteriores, sistemáticamente desarrolla el mensaje.

c) Se impone la investigación realista, con instrumentos adecuados a nuestra específica realidad, para tener una tipología religiosa de América Latina.

Sin temor a que se derrumben muchas de nuestras seguridades, pastoralmente no debe desinteresarnos el saber cuántos de nuestros bautizados han sido evangelizados, es decir, cuántos han ratificado a Cristo el compromiso que los padrinos en su nombre han hecho en el bautismo.

3. Contenido del kerigma

Para poder descubrir y entender los numerosos kerigmas contenidos en el Nuevo Testamento precisa recordar que había destinatarios paganos y judíos; que los kerigmas son esquemáticos, que los kerigmas se encuentran compilados dentro de la catequesis primitiva.

El kerigma no es una predicación dogmática, sino un anuncio dinámico que intenta llevar al oyente más a una decisión personal que a una adhesión intelectual.

Su contenido puede resumirse así: “Dios Padre ha enviado en la carne a su Hijo Jesucristo, que ha muerto por nuestros pecados, a quien Dios ha *resucitado*, y que desde la gloria, donde reina a su derecha como Señor de vivos y muertos, envía a los que aceptan la fe y el *arrepentimiento*, el *Espíritu Santo*, que renueva los corazones por el bautismo, para la *remisión* de los pecados en vistas de la salud y de la *esperanza* de participar en su resurrección en el *reino de Dios* cuando venga como Juez” (J. Colson citado por Floristán “Teología de la Pastoral”, BAC, 1968, p. 341).

Los destinatarios del kerigma, los “no convertidos”, son en nuestro continente una gama heterogénea: el pagano aborigen, el bautizado no convertido, el descreído, el ateo, el “des-convertido”. Cabe entonces preguntar: El kerigma debe ser ¿Cristocéntrico o Teocéntrico? De los textos bíblicos se desprende que el kerigma proclamado a los judíos es más claramente cristocéntrico de una perspectiva teocéntrica que no explica porque se presupone : para los paganos el kerigma tiene una explicitación teocéntrica, pero sigue siendo cristocéntrico: se busca la adhesión a Dios que se muestra en el acto de resucitar a Jesucristo.

4. Fin del kerigma

El kerigma no se reduce en manera alguna a una historia ni a una doctrina, su originalidad está en ser historia con significación salvífica. El kerigma no es una prueba de la divinidad de Jesús a quien presenta como quien ilumina la historia, como quien juzga toda realidad, como quien posee un título para una confianza



incondicional. El kerigma lleva a una conversión lo más personal posible; pero que coincide con la entrada a un pueblo, a la familia de los hijos de Dios. Esta conversión tiene, pues, una dimensión comunitaria: la Iglesia está ya presente en el interior del kerigma.

5. Necesidad de la pre-evangelización

La Iglesia se enfrenta hoy con un mundo incrédulo, en el que se hacen ineficaces los medios empleados normalmente. Todo está exigiendo que la Iglesia adopte un método de evangelización, de kerigma puro, de un ministerio profético ejercido como en el período apostólico, que sea palabra dirigida en tal forma que obtenga una respuesta personal y total. Por eso, antes que el hombre pueda responder, debe darse cuenta que se han dirigido a él. Y aquí existe precisamente un problema: los *apóstoles* predicaron la buena nueva al mundo judío o al mundo pagano —poco religioso— de su tiempo: *nosotros* tenemos delante a un mundo que cada vez se hace menos religioso, un paganismo materialista, un mundo secularizado. “La Iglesia que en un tiempo sacralizó lo profano, es sometida, en cuanto forma parte de la actual sociedad, a un proceso de secularización, puesto que el mundo gana rápidamente autonomía propia, al paso que la comunidad religiosa pierde dominio profano”, redescubriendo sin embargo más evangélicamente su misión. En el mundo con temporáneo Dios apenas ocupa lugar, la autoridad no proviene de El, el derecho no se funda en principios religiosos, la Iglesia es considerada una sociedad “sub-cultural” que defiende una posición privilegiada en los lugares donde el subdesarrollo le da todavía cabida.

Por eso afirma D. Grasso: “Antes de anunciar el Evangelio es necesario disponer las almas para recibirlo, suscitar su espera. El problema de la adaptación sigue siendo hoy crucial y actual como lo fue siempre” (Gregor, 41, 1960, 431). El verdadero ateo tiene aparentemente cerrada la fortaleza de su interior; no hay una puerta de entrada. Preparar a los hombres de tal manera que el kerigma pueda tener significado en este medio y para este individuo, es lo que se llama pre-evangelización.

La pre-evangelización no es apriorística; supone un estudio objetivo y sereno del no creyente en concreto, de su sicología, de su ambiente, de su cultura, de sus ideas religiosas y por eso es :

I- Antropocéntrica; pero si acepta el mundo espiritual de su interlocutor, viene éste siempre valorado interiormente desde el misterio pascual cristiano y si su apoyo es antropocéntrico, su fuerza persuasiva evangelizadora es cristiana;

II - De tipo apologético, dando al término un valor diferente del de otras épocas; no se trata de reducir al silencio al adversario, de demostrar apodícticamente el cristianismo. Los razonamientos son más bien persuasivos, afectivos, significativos, concretos, existenciales, históricos. No se trata de refutar las objeciones del adversario, sino de crear un clima de comprensión y de verdad del que nazca una apertura al mensaje cristiano;

III - Es, por ende, la evangelización una **tarea personal.** Se debe tomar en serio al incrédulo creando un clima de auténtica comunicación y diálogo en el que vale más la actitud que tomamos que los argumentos que esgrimimos.

6. *Comunidad y “signos”*

Cae por su propio peso que la actitud del que pre-evangeliza, debe estar respaldada por el testimonio vivo de una comunidad cristiana. Y si el principal “signo” que acompañe a la pre-evangelización y al kerigma, seguirá siendo el gran milagro de la Resurrección de Jesús; la promesa de Cristo, la situación nuestra, tan semejante a la Iglesia primitiva, nos hace esperar que en esta primavera kerigmática habrá también otros “signos” como los que acompañaron la predicación apostólica.

Los pastores por nuestra parte, no debemos seguir más perteneciendo a una especie de “Iglesia del silencio” ante los fenómenos del mundo de hoy: “Hablad, hablad; predicad, escribid, tomad posesiones” —nos dijo el Romano Pontífice con insistencia— acerca de los dramas, ora grandes y hermosos, ora tristes y peligrosos, de la civilización contemporánea. Nuestra palabra deberá ser evangélica, sincera, alegre, segura, misericordiosa, adaptada.

La comunidad cristiana, los grupos apostólicos de fermento, deben hablar el lenguaje de los dos “signos” que dejó el Señor para

que su Iglesia fuera conocida y reconocida : la caridad y la unidad, con todo lo que esto implica en nuestro mundo latinoamericano.

Debemos excusar, por otra parte, los incontables “contra-signos” que son óbice insuperable para la evangelización. Los pobres no podrán ser evangelizados si nosotros somos latifundistas; los débiles y oprimidos se alejarán de Cristo, si nosotros aparecemos aliados con los poderosos; no se podrá evangelizar a los ignorantes, si nuestras instituciones religiosas, continúan buscando el paraíso terrestre de las grandes ciudades y no los pueblos y los suburbios; no brillará el Evangelio en toda su plenitud —en una palabra— si los responsables de las Iglesias locales nos mostramos reticentes ante una mentalidad nueva exigida por el Vaticano II.

Se necesita encontrar nuevos tipos de presencia, nuevas formas de evangelización, mejor utilización de lo ya existente. Hay que valorar la religiosidad popular para depurarla y convertirla en “signo” y en un instrumento evangelizador; hay que poner la evangelización como meta de la educación en los colegios católicos: hay que dar una dimensión evangelizadora a los santuarios que atraen peregrinos; hay que pedir a los medios de comunicación de masas su omnipresencia; hay que elaborar la teología y el sentido de la pobreza en los países en vía de desarrollo ...

B - Revisión de estructuras

Este mundo de cambio por el que atravesamos ha lanzado un desafío a la Iglesia y está requiriendo de ella cambios en las actitudes y en las estructuras.

1. Iglesia y mundo

Debe cambiar nuestra concepción y actitud de una Iglesia que se coloca fuera del mundo o frente y contra el mundo. La Iglesia es el Pueblo de Dios comprometido en la historia; la Iglesia está en el mundo. No está junto a él, como en estado de competencia, sino dentro de él en actitud de servicio. La misión de la Iglesia es un nuevo tipo de presencia suya en el mundo, como la encarnación del Verbo es un nuevo tipo de presencia divina en la historia humana.

2. *El lugar de los ministerios*

Debe encontrarse el puesto del seglar, de la religiosa, del diácono, del sacerdote, dentro de una pastoral orgánica. Si la Iglesia —sacramento de Cristo— ha sido enviada al mundo, se entiende que el principio de acción es la comunidad. El sacerdote, la religiosa, el seglar, no obran como apóstoles, sino en cuanto que son miembros de la comunidad total. Dentro de esta perspectiva no sería exacto decir que los seglares evangelizan a los no creyentes, los sacerdotes los catequizan y santifican con los sacramentos. Es en realidad toda la Iglesia, en la diversidad de sus vocaciones, la que debe ser educadora de la fe, así como toda la Iglesia celebra la Eucaristía, con diversidad de funciones.

Existió (tal vez existe aún) una acción pastoral institucionalizada y clerical en la que el sacerdote —salvador de *almas*— recoge a todo el mundo bajo su paternal regazo (nuestras escuelas, nuestros hospitales, nuestro cine parroquial). Aquí las religiosas tienen el privilegio de colaborar preparando los caminos y el seglar es beneficiario, objeto de la acción pastoral o financiador de las obras.

Vino después una pastoral fundada en la complementariedad de sacerdotes y laicos. Se despierta un laicado consciente de su pertenencia activa al Cuerpo Místico cuando surge a nuestra vista un mundo que se creía cristiano; pero que no ha sido evangelizado. Y ese mundo ya no cabe en nuestras escuelas y en nuestras obras de beneficencia, ni en nuestras organizaciones. Se invierten, en cierta forma, los valores y ya no son los seglares quienes deben estar al servicio del sacerdote, sino son los sacerdotes quienes deben estar al servicio del seglar misionero y evangelizador. Pero en esta perspectiva, si bien hay cabida para el laico, las religiosas no han encontrado su lugar, viéndose obligadas a competir con el seglar o con el sacerdote, mendigando una migaja en la acción pastoral.

En la primera perspectiva el orden temporal, es inexistente o inconsistente, en la segunda el orden temporal tiene su vida y su dimensión social; pero se le concibe como una realidad existente junto o lejos de la Iglesia.



Solo en la perspectiva de una Iglesia fermento del mundo y comprometida en la historia, pueden tener lugar orgánico los diferentes ministerios colaborando según el carácter de su vocación dentro del conjunto del organismo viviente que es la Iglesia. Las tareas apostólicas serán asignadas, en una pastoral de Conjunto, no conforme a la mayor o menor importancia dada a cada quien —permítaseme la expresión— una tajada; sino que estarán las tareas en relación con el tipo de testimonio que cada vocación está destinada a dar al mundo.

Este criterio (“el ser” —y no el “hacer”—) guiará también la actuación del diaconado y el surgir de otros posibles ministerios que los signos de los tiempos exijan.

En forma parecida se debe pensar sobre la colaboración que viene de fuera a la América Latina. Han venido, en general, los mejores (el que no es necesario en su país, tampoco es necesario en América Latina); pero hay el peligro grave de una “colonización eclesiástica”, hay la tentación latinoamericana de quererse apoyar indefinidamente en las ayudas; hay falta de coordinación nuestra y ausencia de planes, gobernándose la distribución de personal o de fondos con criterios de inmediatez, viendo lo que es en el momento más urgente; hay por último, el peligro de echar sobre otros hombros lo que es nuestra propia responsabilidad.

3. *Parroquialismo*

Una profunda revisión merece el concepto territorial de la parroquia. La parroquia debería ser una comunidad de fe, de gracia, de caridad; pero la realidad latinoamericana plantea problemas contrastantes: Cómo formar una comunidad cristiana, donde no hay comunidad humana? Puede haber espíritu de familias en parroquias de miles de kilómetros cuadrados, en zonas rurales con población dispersa; o en las zonas urbanas donde el hombre se ha despersonalizado?

Son la solución las comunidades o subcomunidades de base, con una descentralización del culto, la fórmula para convertir la parroquia en una entidad centrífuga e irradiante, que tenga y desarrolle sus propios líderes? Para las grandes ciudades no deberá

hacerse la evangelización más bien por ambientes: estudiantil, profesional, artístico, etc.?

Habrá que pensar también para la urbe en formación de élites o evangelizar y crear comunidades apoyadas en las relaciones secundarias: la evangelización de la gente del autobús, de las 6.30? O habrá que llevar la evangelización a través de los medios de comunicación de masas? Puede darse un auténtico testimonio a través de una grabadora? En qué consistirá el testimonio para que la despersonalización de la gran urbe no despersonalice también a Cristo? La urbe nos acicatea a multiplicar las instituciones no eclesiales cada vez más especializadas o se construirá más bien la Iglesia en las sociedades que los hombres hacen? Los interrogantes pueden formar una impresionante lista que hay que completar y a la que hay que dar respuesta.

4. *Kerigma y ecumenismo*

La Evangelización de América Latina —y toda evangelización— se apoya en el testimonio de la comunidad cristiana revestida de los signos de la caridad y de la unidad. El desgarramiento entre los cristianos, es hoy más que nunca, un anti-testimonio.

El *contenido* del Kerigma —lo dijimos antes—, no es sustancialmente diverso para católicos y para hermanos separados. Solo una catequesis posterior a la conversión establece las diferencias. ¿Sería utópico imaginar la posibilidad de una proclamación ecuménica del kerigma?

Hay otro punto de encuentro: El problema de la evangelización del mundo ha contribuido a la recuperación de un concepto más rico de la fe. En el penduleo de la apologética se enfatizaron, en nuestro campo católico solo dos aspectos: el de la fe como contenido dogmático y de la fe como profesión; pero olvidamos otros dos elementos igualmente necesarios acentuados por nuestros hermanos separados: la fe como compromiso y la fe como confianza. Hoy nosotros acentuamos (tal vez más fuertemente que ellos) el aspecto personal de la fe y ellos empiezan a acentuar más que nunca la objetividad de la fe, sin la cual no podríamos distinguirla de la superstición. Se tiende así un nuevo puente para el camino de la unidad futura.



5. *La evangelización en las culturas indígenas*

La existencia de vastas zonas indígenas en América Latina es al mismo tiempo un anti-signo, una tarea y una esperanza.

Un “*anti-signo*”: Porque han pasado varios siglos de cristianismo en nuestro continente y el problema indígena — folclor, a veces explotado innoblemente— no ha sido resuelto: o se destruye su cultura, o se desintegran sus comunidades; o pierden sus valores culturales o conservan verdaderos valores pero que no se impregnan de espíritu cristiano. Anti-signo, porque coexisten ante nuestra mirada inconsciente o impotente, religiosidad junto a subdesarrollo y marginalidad en todos los órdenes. Anti-signo, porque su sincretismo religioso es acusación de una falta de encarnación y acentúa la imagen que muchos tienen, de una Iglesia que propicia el subdesarrollo y se desinteresa de la promoción humana. Anti-signo, en fin, porque es la imagen opuesta al testimonio de la caridad de una comunidad que no sabe movilizar sus recursos y sus personas en la proporción que tiene el problema.

146

Una esperanza para un kérigma en colaboración ecuménica y magnífico encuentro con nuestros hermanos separa dos que en ejemplar actividad misionera se han concentrado en estas zonas marginadas; para una pastoral de conjunto en escala latinoamericana, más fácilmente realizable por tratarse de zonas menos vastas que el continente completo y por presentar un arcano denominador común en medio de tan tremenda variedad (hay más cercanía sicológica entre un indígena de México, Ecuador o Perú, que entre nosotros y cualquier grupo aborigen); para descubrir el verdadero camino que debe seguir la evangelización en las otras zonas rurales de América Latina; una esperanza, en fin, que brilla en el horizonte con la posibilidad de un enriquecimiento en el orden cultural y en el orden religioso que sería ejemplo interno de lo que está destinada a ser en esta línea América Latina para el resto del mundo.

CONCLUSIÓN

“La tarea de la evangelización —nos dijo el Romano Pontífice—, es larga, compleja y fatigosa”, en estos inmensos territorios. Pero es preciso que la revisión a que nos lleva esta Segunda Asamblea General del CELAM, nos haga concluir, en verdad, una época secular, para inaugurar un nuevo período de vida de la Iglesia en América Latina.

BIBLIOGRAFÍA

SEGUNDO GALILEA: Para una pastoral latinoamericana. 1a. Ed. Ediciones Paulinas. México, 1968.

DOCUMENTO 5 DEL CELAM. 1er. Encuentro Continental de Misiones en América Latina. Edit. Stella. Bogotá, 1968.

C. FLORISTAN y M. USEROS: Teología de la Acción Pastoral. BAC. Madrid, 1968.

C. FLORISTAN y J. Ma. ESTEPA: Pastoral de hoy. Colecc. Andina. Edit. Nova Terra. Barcelona, 1965.

NEBRED A: Kerigma en crisis? Ediciones Paulinas. Bogotá, 1968.
CELAM - CLAF: Evangelización y catequesis. Edic. Marova. S. L. Madrid, 1968.